

ESPAÑA, UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO, VI

Juan Pedro Quiñonero

© Juan Pedro Quiñonero, 2015

© Confluencias, 2015

www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: Pedro Martín Giráldez

Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944413-3-2

Depósito Legal: AL 1027-2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

España, una temporada en el infierno

~6~

Volaverunt

Sus demonios se llevan a España
en volandas



Juan Pedro Quiñonero



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*A Juan y Luz, mis padres.
Ellos me transmitieron
su fe intacta en la palabra,
el Verbo, la cultura.*

ÍNDICE

A modo de prólogo:	
<i>La petimetra se chuta con basura</i>	11
I. Errantes en el laberinto de la historia	17
II. Desintegración social de los españoles	21
III. Fragmentación política y locura de masas	25
IV. Destrucción del capital cultural de una sociedad invertebrada	29
V. Víctimas de una economía de la incultura	33
VI. De la salida de la crisis a la agravación de la crisis del Estado autonómico	37
VII. Constitución, financiación del Estado, modelo político: diez años de reformas pendientes	41

VIII.	Sordos egoístas, a estacazos	45
IX.	Dos generaciones educadas en el desencanto, la pobreza y la corrupción	49
X.	La guerra civil comienza en la escuela	53
XI.	Matriz cultural de todos los problemas de España	59
XII.	Josep Pla y los cuarteados cimientos de una casa común	63

Volaverunt

A MODO DE PRÓLOGO:
LA PETIMETRA SE CHUTA CON BASURA

Esa mujer bella y atractiva vuela sonámbula hacia ninguna parte. Parece condenada a volar por los siglos de los siglos, sin rumbo ni destino conocido, poseída por la fuerza ciega que la arrastra hacia el vacío de sus ilusiones vanas.

El manuscrito del Prado de *Volaverunt* describe con precisión la escena del capricho goyesco: «El grupo de brujas que sirve de peana a la petimetra, más que necesidad, es adorno. Hay cabezas tan llenas de gas inflamable, que no necesitan para volar ni globo, ni brujas».

La petimetra. Personaje de la fábula goyesca, de quien Nicolás Fernández Moratín nos dice lo esencial:

«No ves, que el no saber, ni aún una letra,
En las Damas es hoy lo que mantiene
El aire, y presunción de Petimetra?»

Esa es la condición castiza de la petimetra, irresponsable, ignorante, haragana, manirrota y presumida, arquetipo urbano en una España poblada, en el mismo poema, por una fauna predatora víctima y propagadora de males nefandos: «La juventud de España corrompida [...]. Patria, del vicio infiel morada...». (*El Poeta*, sátira I, 1764).

En esa España corrompida, del vicio infiel morada, la petimetra de *Volaverunt* pertenece a la fauna de los roedores y predadores que ya llevaban varios siglos pudriendo y devorando las entrañas de una patria vencida, caída de hinojos ante los muros de una cuarteada casa común descrita por Quevedo, en un poema canónico, como un hogar desmoronado, dolido y yaciente entre los menesterosos despojos de sí mismo, habitado por alimañas evocadas con amarga crueldad por los moralistas del XVII y el XVIII.

Entre los arquetipos de la España barroca y dieciochesca, el lindo, el petimetre y la petimetra—cuyo modelo definitivo es el personaje femenino de *Volaverunt*, síntesis de muchos otros modelos, bien repertoriados por la crítica literaria y artística—terminan por encarnar, entre el Motín de Esquilache (1766) y la sublevación del pueblo de Madrid del 2 de mayo de 1808, muchos de los males de la patria, espirituales, cívicos, sociales y políticos, cuya evidencia dramática atormentaría a los ilustrados, de Jovellanos a Goya.

Las *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte* (1743), de Diego de Torres

Villarroel, describen con turbadora precisión esa metamorfosis atroz del personaje urbano en figura emblemática de las más profundas catástrofes históricas:

«¿Qué mozo es éste y otros mil vagabundos que he visto rodar por esa Corte?»

[...]

Malogran los años y el alma en insolentes ocupaciones; y el oficio que ves es el empleo de su vida, porque acusan como infame el trabajo y el retiro.

[...]

Su paradero es la lonja de San Sebastián y el atrio de la Victoria, en donde a una misma hora encuentras otros de su calibre; y aquellos reverentes sitios dedicados al culto divino los hacen bodegón de insolencias, tiendas del descrédito y campo de maldades.

[...]

El Gobierno, el Estado, la política y la ética, que son los estudios y palabras útiles para instruir en virtudes morales a un joven bien nacido, ni las saludan siquiera.

[...]

Y abunda tanto la Corte de estos perdularios, que no hay esquina que no esté apuntalada de perdidos [...]. Todos y cada uno son un molino de trapos, un almacén de grasa, un refectorio de piojos y un de profundis de lacería. Era, pues, un enjambre de la bribia, cortesanos monteses que andan a ojeo de

boquirrubios y a montería de reales, petardistas graduados en la universidad de la perdición y términos medios entre trampa y limosna.

[...]

El paradero de aquella crianza es la presente infelicidad: todos éstos han corrido ya las caravanas de los desesperados y la pelota de los inútiles, y en todas partes han apestado con la corrupción de sus costumbres.»

A partir de tal paisaje humano, bien histórico y castizo, heredero y crisol de una tradición crítica que va de Quevedo a los Moratín, Goya confiere a la petimetra los rasgos de su infernal modernidad definitiva y bien actual. Preservando la identidad castiza original, Goya confiere al personaje, el arquetipo, una dimensión saturnal, fáustica. La petimetra goyesca está endemoniada y vaga sin rumbo ni destino conocido perdida en las nubes tóxicas de una ciudad de pesadilla, el dédalo urbano de todos los vicios de una patria en cuarentena. Demonio tabernario, también, que todo lo niega y es una encarnación pigmea del Mefistófeles del Segundo Fausto, «*Ich bin der Geist, der stets verneint!*» (Soy el espíritu que siempre, todo lo niega).

En la España apestada por la corrupción de sus costumbres de Villarroel, convertidos los antiguos sitios dedicados al culto divino en tiendas de descrédito y maldad, la petimetra goyesca permanece inmóvil en la engañosa ilusión de su vuelo a ninguna parte.

El cuerpo en apariencia atractivo de esa mujer se ofrece a quien desee poseerla sin placer ni esperanza, sin otra ilusión que el desencanto: sus ojos están vacíos, miran inquietos hacia el interior de su propia alma, hueca. Las alas de mariposa de su tocado nos recuerdan su fragilidad volátil y estéril. Los tres seres deformes que le sirven de peana (¿brujas? ¿demonios? ¿seres endemoniados?) tiran en distintas y opuestas direcciones. Esos seres de pesadilla han arrastrado a esa mujer hasta una tierra inmaterial donde su cuerpo glorioso —tan atractivo como estéril— vive la ilusión manicomial del movimiento, en permanente equilibrio inestable.

«Genio y figura, hasta la sepultura». La ilusión de un vuelo a ninguna parte, el espejismo dolorido del movimiento, recuerda la condena de Sísifo: condena a tirar de un doloroso fardo que arrastramos de por vida, perdidos en la pesadilla de un ilusorio movimiento que hace más angustiosa la evidencia de nuestro dolor inútil, estéril y sin fin. Los afeites de una mariposa ¿coqueta? ¿prostibularia? maquillan el sufrimiento y la angustia de un cuerpo mortal, condenado a vivir en permanente cuarentena: la petimetra se maquilla y se chuta con afeites, vuela, errante en la nube tóxica de esos seres de brujería que pudieron ser demonios en un mundo donde todavía existían las cosas y seres del espíritu, caídos en *Volaverunt* en la más baja condición de íncubos desalmados, obedeciendo a oscuras y desordenadas fuerzas sonámbulas.

La petimetra de Moratín y los petimetres de Torres Villarroel nos recuerdan —si hubiésemos podido olvidarlo— la condición bien histórica de la petimetra de *Volaverunt*. Esa pesadilla inmóvil, ese vuelo a ninguna parte de los personajes de una sociedad encantada, reflejan con turbadora precisión el confuso estado de las entrañas de una casa común errante y sonámbula en el infierno de la historia.